



San Blas, Panamá



Laguna de Quilotoa, Ecuador



Isla de Ometepe, Nicaragua

Lugares fuera del mapa

Son paraísos ocultos, lugares poco conocidos. **San Blas**, 365 islas en el Caribe panameño; **San Marcos**, un pueblito a orillas de un lago de Guatemala; **Ometepe**, una isla nicaragüense con historias y leyendas, y **Quilotoa**, una de las lagunas más imponentes de Ecuador.



Lago Atitlán, Guatemala



Juanita ofrece su caballo a los visitantes de Quilotoa, en Ecuador, para que puedan bordear el volcán. La laguna tiene 3 kilómetros de diámetro y 250 metros de profundidad. Una maravilla de la naturaleza que vale la pena visitar.



En el imaginario colectivo, cada país del continente americano es famoso por algo. Ecuador hace pensar en playas y tortugas milenarias; Panamá es recordado por el famoso canal que une el océano Pacífico con el Atlántico; Nicaragua es tristemente célebre por sus dictaduras, guerras y revoluciones, y Guatemala es conocida mundialmente por ser el hogar de los mayas, una de las civilizaciones más antiguas e intrigantes de Centroamérica. Pero cada uno de estos países tiene lugares escondidos que escapan de la mirada turística y que muchas veces ni aparecen en los mapas. Son islas con leyendas misteriosas, lagos con energía mística, playas habitadas por comunidades indígenas, paisajes ocultos bajo la niebla. Y en cada uno de estos paraísos secretos viven personas que desarrollan su rutina cotidiana en estrecho contacto con la geografía del lugar y que encajan a la perfección con el paisaje que los rodea.

La dueña del volcán

Juanita y su caballo cumplen con la misma rutina todos los días: se despiertan temprano, se abrigan, atraviesan la niebla y se paran a esperar sobre el borde del cráter de un volcán. Cuando aparece algún visitante, Juanita repite, educada e incansable: “¿Un caballito para bajar, señorita? ¿Quiere bajar a caballo, señor?”. Cuando le dicen que no, sonrío: sabe que, para subir, tendrá muchos más clientes. Para llegar al volcán Quilotoa, escondido en los Andes ecuatorianos, hay que tomar

varios colectivos y hacer la última parte del trayecto en un camión de leche. Al arribar al pequeñísimo pueblo, todo lo que se ve son algunas casitas dispersadas, hombres caminando con sus caballos, mujeres cargando a sus bebés en la espalda, y niebla, una niebla que lo cubre todo. Al costado de la calle principal, hay una escalera que invita a bajar hacia la bruma. Unos pasos más abajo, se devela el misterio: el descenso lleva hacia una laguna verde-azul de tres kilómetros de diámetro y 250 metros de profundidad, ubicada en el cráter de un volcán extinto. Bajar hacia la orilla de la laguna de Quilotoa demanda media hora de esfuerzo constante, y a 4000 metros de altura, la falta de oxígeno se siente a cada paso. Pero la vista desde abajo es tan imponente y silenciosa que el cansancio vale la pena. Subir la ladera del cráter a pie lleva entre una y dos horas, y allí es cuando Juanita y su caballo reciben el sí que no obtuvieron en la cima. En el camino de vuelta habrá que superar varias etapas: primero, esquivar las ovejas que están pastando cerca de la orilla; luego, subir por la arena y atravesar un pasadizo de rocas y, por último, trepar por escalones de barro.

Una vez en la cima, la niebla vuelve a cubrir el paisaje, lo que da la impresión de que no hay nada debajo.

Una isla para cada día

En el paraíso no hay televisión, Internet ni aire acondicionado. Hay, en cambio, 365 islas dispersadas sobre el mar turquesa del Caribe, habitadas por los cunas, una de las comunidades indígenas más antiguas de Centroamérica. El archipiélago de San Blas, llamado Comarca de Kuna Yala, pertenece geográficamente a Panamá, pero los cunas se gobiernan de manera autónoma sin interferencia del poder panameño. Para acceder a San Blas es necesario navegar dos días en velero desde Cartagena

de Indias, la ciudad colonial de Colombia, o volar desde Panamá City. La comarca ocupa 3200 km² y posee una población de 31.000 habitantes, aunque solo 35 de las islas están ocupadas por los cunas. Las hay de todos los tamaños: algunas albergan pueblos, otras tienen espacio para una sola palmera, en algunas conviven dos o tres casitas construidas con juncos, en otras no hay más que arena. Todas están rodeadas de arrecifes de coral y ninguna tiene resorts cinco estrellas, shoppings ni restaurantes turísticos. Los cunas no permiten ningún tipo de inversión extranjera en las islas: ellos se encargan de manejar todos los servicios para los visitantes. Venancio no es como el resto de los hombres cuna. Cada mañana, en vez de salir en su canoa de madera a pescar o caminar por las islas en busca de cocos, él se reúne con las mujeres y se dedica a confeccionar molas, el tejido típico de esta comunidad y una de las principales entradas económicas de las familias. La sociedad cuna es matriarcal y los roles están bien definidos: ellas administran el dinero, cuidan de los hijos y del hogar, y se dedican a bordar las intrincadas molas, que en lengua cuna significa “ropa”. Los diseños turísticos son más simples y se venden a los visitantes como souvenirs, pero las molas tradicionales son las que se utilizan para las vestimentas de las mujeres y las que verdaderamente transmiten la cosmovisión marítima de esta comunidad. Estas obras de arte sobre tela pueden llevar entre dos y nueve meses de confección, y muchas están en exhibición en Europa. San Blas no solo es un paraíso oculto en el Caribe panameño; es también el hogar de una de las comunidades indígenas precolombinas más antiguas del

continente. Los cunas han logrado sobrevivir ante el avance de la tecnología y la modernidad, conservan las tradiciones y la cultura de su civilización y no necesitan más que sus 365 islas para ser felices.

El pueblo místico de los mayas

Sandra tiene 14 años y se dedica a vender paltas en San Marcos La Laguna, una de las poblaciones mayas asentadas a orillas del lago de Atitlán. Es observadora y curiosa, y cuando avista a un visitante, es capaz de perseguirlo por los caminos de tierra de su pequeño pueblo para entablar conversación. Carga una canasta en la cabeza y viste, como todas las mujeres del lugar, la ropa tradicional maya. José también es de San Marcos; él es chamán y pasa los días estudiando las plantas medicinales de la región y confeccionando aceites para curar todo tipo de males. Ninguno de los dos salió jamás del pueblo y tal vez no tengan razón para hacerlo. En San

Marcos, según aseguran los locales, existe una energía especial: el pueblo de 3000 habitantes es el centro de yoga, meditación y espiritualidad de Guatemala. El lago de Atitlán tiene 18 kilómetros de longitud y está enmarcado por tres volcanes. En sus orillas habitan varios pueblos indígenas de nombres bíblicos, como San Pedro –uno de los más turísticos–, San Juan –tan chiquito que puede ser recorrido en diez minutos– y San Antonio –una simple aldea maya con espacio para muy pocos visitantes–. El origen de este lago aún es discutido: algunos aseguran que es-



En San Blas no hay televisión, Internet ni aire acondicionado. Son 365 islas dispersas en el Caribe, habitadas por los indígenas cunas. Se la conoce como Comarca de Kuna Yala y pertenece a Panamá.



tá contenido por el antiguo cráter de un volcán ya extinto y otros creen que se formó cuando los tres volcanes surgieron de la tierra y encerraron el curso de tres ríos, lo que dio lugar a una olla natural.

En San Marcos la vida transcurre lenta y silenciosa. En el pueblo no hay calles ni transportes: las casas se esconden en el laberinto de los caminos de tierra, rodeadas de plantas y flores. Hay centros de meditación, clínicas naturistas y cursos de tarot y Kabbalah. Para la gente local, sin embargo, esa energía que atrae a los más espirituales es parte de la normalidad. Los chicos inventan juegos al aire libre, las mujeres venden frutas y verduras al costado del camino, y los hombres pasan el día



Ometepe, en Nicaragua, es una isla de 35.000 habitantes que, vista desde arriba, tiene forma de ocho, y en cada uno de sus círculos alberga a un volcán. Es la isla más grande del mundo de agua dulce.



El lago de Atitlán, en Guatemala, tiene 18 kilómetros de longitud y está enmarcado por tres volcanes.

en el lago pescando en sus botes de madera. Todos ellos mantienen viva una de las culturas más milenarias del continente.

Los misterios de Ometepe

Ometepe, es la isla más grande del mundo en agua dulce, ubicada en el lago de Nicaragua. Este lugar de 35.000 habitantes fue bautizada Ometepe –que en la lengua indígena náhuatl significa “dos montañas”– debido a su geografía: vista desde arriba tiene forma de ocho, y en cada uno de sus círculos alberga a un volcán. Uno, el Maderas, hizo su última erupción hace más de ocho siglos; el otro, Concepción, expulsó lava por última vez en 1957 y produjo un temblor de 6.2 grados en la escala de Richter en 2005. Ambos son fuente de historias y adoración, pero para los ometepinos la mayor amenaza de la isla no es una posible erupción, sino uno de sus antiguos moradores: Chico Largo.



Ansioso por transmitir las leyendas de su tierra, Levi, un lugareño, repite la misma historia cada noche a quienes se sientan en su restaurante a orillas del lago, en el pueblo de Santo Domingo. “Chico Largo vivió cerca de la laguna de Charco Verde, en San José del Sur, otra zona de la isla. Dicen que hizo un pacto con el diablo para echar a los militares que se habían instalado aquí

durante la Revolución; una noche apareció disfrazado de toro, logró espantarlos y recuperó la paz del lugar”. Levi asegura que la antigua finca de Chico Largo está poseída por el diablo y que a veces, de noche, se puede ver una carreta fantasmal arrastrada por toros. Hay quienes dicen que



Chico Largo fue un chamán descendiente de brujos indígenas que tenía poderes sobrenaturales. Muchos acudían a él para pedirle salud, poder y prosperidad, pero si no cumplían con su parte del pacto, Chico Largo los llevaba a El Encanto, una ciudad subterránea erigida debajo de la laguna de Charco Verde, y los convertía para siempre en vacas, toros, cerdos, peces o lagartijas. Cada vez que

ocurre algún fenómeno sobrenatural, los ometepinos se lo adjudican, sin dudar, a Chico Largo. Y, según Levi, tienen una regla implícita: “Nosotros nunca nos bañamos en la laguna de Charco Verde, y mucho menos en Semana Santa: las mujeres que se meten se transforman en sirenas y los hombres... tal vez nunca vuelvan”. **N**

Texto y fotos: Aniko Villalba.

La virtud de la paciencia

Existe un requisito para visitar estos paraísos ocultos: saber disfrutar de la lentitud. El día a día en estas islas y lagunas no es como el de las grandes ciudades alocadas y caóticas: allí el ritmo de la vida cotidiana está marcado por el ritmo de la naturaleza, y el tiempo transcurre lento y silencioso. En Ometepe, en especial, es necesaria la virtud de la paciencia. Allí, como en el resto de Nicaragua, el transporte público consiste en desvencijados buses escolares estadounidenses, también conocidos como *chicken bus* por su costumbre de transportar tanto a gente como animales.

